

LA OBEDIENCIA EN LA VIDA DEL PADRE TEILHARD DE CHARDIN

René d'Ouince



El 1 de Mayo se cumplía el centenario del nacimiento del P. Teilhard de Chardin. Su influjo, que desborda las fronteras de la Iglesia, es bien conocido. Pero quizás no lo es tanto la dolorosa obediencia por la que, ante la incomprensión de los superiores, probó su profundo amor a la Iglesia. Este testimonio, ofrecido hace tiempo por quien durante años fue su superior inmediato, puede resultarnos hoy bien aleccionador en un contexto en que la obediencia, como expresión de amor a la Iglesia, sigue siendo a veces tremendamente difícil.

Al comenzar a hablar sobre la relación del P. Teilhard de Chardin con respecto a sus superiores religiosos y eclesiásticos, soy perfectamente consciente de emprender algo difícil, con un material de hechos en parte descorazonador, y sobre todo sofocado ya por muchas leyendas.

Sin querer describir aquí exhaustivamente la historia de una controversia, que gracias a mi antiguo puesto (fui desde 1936 durante varios años superior del P. Teilhard) conozco muy bien, quisiera solamente mostrar sus orígenes y describir la conducta del Padre a lo largo de una extensa prueba, que tocó lo más vivo de su vocación personal.

Signos que presagian la crisis:

Las primeras dificultades surgieron durante los años

1920-1923, en los cuales enseñó el Padre Geología en el Instituto Católico de París.

Este curso severamente científico es, según mi opinión, único. Pero al mismo tiempo el Padre llevó a cabo su trabajo espiritual e intelectual ante dos auditorios diferentes.

Por un lado, ante jóvenes seculares: alumnos y antiguos alumnos de las Escuelas Universitarias de Ciencias, que le oyeron regularmente en las reuniones de la USIC. Su director fue el P. Puppey-Girad; y además alumnos del seminario de altos estudios pedagógicos, que se agruparon alrededor del Sr. Portal, iniciador del primer intento fracasado de unidad con los anglicanos. En estos católicos, celosos y libres de toda sospecha, que, como entonces se comenzó a decir, hambreadaban unidad, encontró casi sin excepción una calurosa fidelidad.

Por otro lado, el Padre visita, o más bien es visitado, por un determinado grupo de seminaristas, estudiantes de órdenes religiosas y profesores, que buscan en él un consejo. "Un gran prestigio también entre los jóvenes clérigos" atestigua de él precisamente Claude Cuénot, citando una carta de 1921. Teilhard era para ellos una caso extraordinario, enormemente interesante. Sus artículos en el *Dictionnaire apologétique de la Foi catholique* (1912), en la revista *Etudes* (1921), en la *Revue de Philosophie* (1923) lo habían descubierto como evolucionista, y precisamente no con timidez, al modo como uno se los encontraba en los seminarios de aquella época, sino en total abertura, por no decir como un evolucionista triunfante. Conocían el arsenal de objeciones contra la evolución a partir de sus libros de texto, y las continuas amonestaciones de las Congregaciones Romanas, y no es de extrañar que les quemara en los labios la pregunta: ¿Cómo salen de este atolladero? Si en efecto Teilhard lo ha logrado, ¡menudo hallazgo!

En su lugar yo hubiera hecho lo mismo; sin embargo debo conceder que una curiosidad tan limitada no suponía la mejor actitud para atacar un problema, que merecía ser pensado en sí mismo y sin perspectivas polémicas.

Sobre sus conversaciones privadas no poseemos ningún documento serio. Sólo sabemos que Teilhard tuvo sus enemigos declarados. "Me quieren impedir ir adelante", dijo confidencialmente al Abbé Gaudefroy, "a pesar de todo continuaré". Y sabemos también que se ganó admiradores incondicionales, y éstos suelen ser más peligrosos que los otros.

Algunas conferencias públicas dan detalles más exactos. El Sr. Pressoir, superior del seminario de los Carmes, que apreciaba mucho al joven geólogo, le invitó a tener una charla para sus alumnos sobre un tema, cuyo contenido exacto no conozco, pero que aproximadamente se refería a las "relaciones entre la ciencia y la fe". La conferencia fue preparada cuidadosamente y no hubo nada que censurar en ella. Pero durante la comida y el tiempo de sobremesa, que le siguió, las preguntas se deslizaron hacia otros temas, y al escuchar las respuestas improvisadas de su invitado el citado Director lamentó haberlo invitado. El mismo contratiempo se repitió en otras ocasiones.

Una debilidad de Teilhard:

Debo mencionar aquí una debilidad de Teilhard: le faltaba completamente cierta sensatez pedagógica. Al rechazar, como decía Marcel Légaut "toda falsedad intelectual, la menor nebulosidad u ofuscación de las dificultades por solucionar", estaba convencido de que la verdad lleva a la luz a aquel, que sinceramente no anda en rodeos con ella. Trataba a sus compañeros de diálogo no sólo con benevolencia, sino principalmente con respeto, se prohibía siempre hacer teatro a base de "sonrisas de superioridad o ingeniosos subterfugios". Concedía siempre la mayor importancia a la objeción presentada y respondía, sin atender a los riesgos, exactamente como pensaba, con las palabras que en aquel momento le venían a los labios. Personalmente a mí me encantaba en su trato con este procedimiento, pero a Teilhard le inducía a responder a un joven clérigo, que apenas le podía entender, del mismo modo como hubiera respondido a un miembro de la Academia Pontificia de Ciencias.

Las preguntas que le fueron dirigidas -preguntas dema-

siado ceremoniosas y escolares (ciertamente formuladas como sólo un alumno lo puede hacer): "¿Dónde estuvo situado el paraíso terrenal?... ¿Cómo entiende Ud. el pecado original?- eran precisamente aquéllas, que él sensatamente no debería haber aceptado. Alguien menos ingenuo hubiera comenzado ab ovo, y a continuación hubiera atacado los pensamientos principales del problema: el concepto de Historia Natural, que presenta una cadena de sucesos, cada uno de los cuales está ligado a un "antes" y un "después"; ense- guida el caso fuera de serie del primer suceso de la his- toria humana, que, en cuanto raíz de nuestra historia, es ciertamente histórico, aun sin ser propiamente un suceso "intrahistórico", aun sin representar categoría de eslabón de la Historia, puesto que antes que él no existe ningún suceso precedente, con el cual se pueda relacionar... Teil- hard desatendió estos presupuestos! Formuló inmediatamente una respuesta, que, para ser bien entendida, exigía una - prolongada familiaridad con sus ideas.

Finalmente, como la mayoría de todos nosotros, podía darse el caso de que, en el curso de una conversación o de una carta escrita apresuradamente, hiciera uso de expresio- nes desgraciadamente escogidas, que, tomadas a la letra, - eran insostenibles y reproducían falseadamente sus ideas.

Ante un auditorio benevolente, o simplemente de juicio recto y objetivo, una cosa así no adquiere mayor importan- cia. El texto elaborado permite establecer un juicio sobre las ideas fundamentales, y una serie de frases desgraciadas en el fuego de una discusión no llevan consigo consecuencia alguna.

Comociones subsiguientes al parto de la crisis moder- nista:

En un círculo malévolo o predispuesto parcialmente en contra, el asunto se convierte en una catástrofe. La resba- lada inconsciente, así se interpreta, traiciona lo escondi- do cuidadosamente en el corazón, lo tergiversado de las - ideas, que una presentación magistral e hipócritamente orto- doxa sabía hábilmente cubrir. Cuando estas interpretaciones

han ocurrido una vez, cuando el auditorio está al acecho, listo para apoyarse en el menor desliz y encontrar, así, sus sospecha confirmada, no queda otro remedio sino pedir a Dios la gracia de volverse mudo. Nadie se escapa de esto en tales circunstancias, y Teilhard... homo erat... salió descalabrado del asunto.

Dentro de las costumbres de aquel tiempo (un poco después de la crisis modernista la Iglesia vivió en estado de sitio y el Integrismo se movió a sus anchas) había que prever que los apuntes de los que escuchaban sus conferencias e incluso las "recomendaciones" que el Padre redactó privadamente para algunos de sus hermanos de Orden, tomaran el camino de Roma. Llegaron de hecho allá y convergieron en los últimos meses del año 1924 hacia el Cardenal Merry del Val. Teilhard fue acusado de nada menos que de negar el dogma del pecado original (Teilhard escribió desde París al P. Augusto Valensin el 13 de noviembre de 1924: "Me ha sobrevenido... una pequeña contrariedad. Uno de mis papeles, en el cual esboqué tres posibles direcciones para intentar la interpretación del pecado original, fue -no sé cómo- enviado a Roma... Sorpresa del censor... De este asunto salgo con marca de hereje o de charlatán, como Ud. prefiera". Esta fama permaneció ya hasta su muerte.

El Cardenal, según afirmación de Monseñor Baudrillart, Rector entonces del Instituto Católico dirigió al General de la Compañía de Jesús un severo aviso. Por su parte el General estaba ya alarmado por otras comunicaciones. Para cortar de raíz la acusación, el P. General Ledóchowsky exigió del P. Teilhard la firma de un documento, que el mismo redactó de su puño y letra, y que contenía, con las formulaciones clásicas el dogma del pecado original. Teilhard firmó. La correspondencia con el P. de Valensin muestra que no tuvo la menor dificultad en afirmar el dogma, pero que a la vez quería reservarse a toda costa "el derecho de investigar" y la posibilidad de ayudar a personas "inseguras y atribuladas", que frecuentemente se dirigían a él. Su fe quedó con esto fuera de toda sospecha.

Pero se preveía que en la atmósfera de París, donde el

Padre era muy conocido y controvertido, por no decir asediado, le tenían que sobrevenir pronto otros incidentes. El único medio efectivo para preservarlo de contratiempos similares, consistía en enrolarlo en una actividad puramente científica y alejarlo de París. Los jesuitas franceses tenían misiones en el lejano Oriente. Uno de ellos, el P. Licent, había fundado en Tientsin un museo de Historia Natural y clamaba por un colaborador apropiado. Teilhard había emprendido ya en 1923 una expedición exitosa a la región del desierto Ordos y últimamente, al comienzo de 1924, también a los límites del desierto de Gobi. Allí tendría que volver de nuevo, y la enorme distancia debería librarle de sus relaciones en París, que decididamente se habían vuelto demasiado peligrosas!

Primera fase de un malentendido:

De este modo sucedió que el Padre se embarcó de nuevo en abril de 1926 hacia China y tuvo que cambiar su cátedra del Instituto Católico con una misión de investigador en el lejano Oriente. Esta decisión providencial le iba a dar ocasión de participar en el descubrimiento del *Homo Peki-nensis*.

Bajo las apariencias de estar en desgracia -"el mundo entero se dará cuenta de que he sido desterrado por mis ideas..."- la medida tomada por los superiores dio a Teilhard un puesto, que, bajo algunos puntos de vista, era envidiable. Incluso él mismo lo había deseado algunos años antes (el 4 de julio de 1920, día de su nombramiento para el Instituto Católico, escribe a un amigo: "A esta cátedra de profesor preferiría yo desde el punto de vista natural un puesto como investigador en Beirut, Shanghai o Trichinópolis, donde hay tanta falta de personal"). Pero en 1926 sus aspiraciones habían tomado otra dirección. París se había aclarado para él como el lugar más indicado para sus metas, y le parecía tan indispensable conservarlo en orden a la prosecución de sus trabajos científicos como para la difusión de su mensaje personal. Un alejamiento definitivo -y de algo así se debía tratar- le pareció "destruir" todo su plan de investigación y privarle al mismo tiempo del au-

ditorio más capacitado para la recepción de su "Evangelio".

La víspera de su viaje, el 10 de Enero de 1926, escribía: "A grandes rasgos el trimestre ha sido bueno. He podido trabajar mucho y me queda la impresión de que el asunto "producía", ya bajo el aspecto técnico, ya con respecto al influjo en la gente. Nunca me sentí tan en mi sitio, y en mi terreno para influir... y me exigen que me marche!"

Y sus primeras cartas desde Tientsin expresarán unos meses más tarde aún más exactamente su contrariedad: "Este creciente apego a China... no me permite olvidar el hecho inequívoco de que mis raíces están hundidas en París. Si se las arrancara, perderé mis mejores fuerzas" (carta al P. de Valensin del 31 de Diciembre de 1925). El sacrificio exigido por la obediencia fue, por lo tanto, muy duro. El Padre lo aceptó, ciertamente con el corazón sangrante, pero en plena entrega.

Ante sus amigos de fuera de la Orden salió del paso con una broma ingeniosa. Una marca de llantas cubría por entonces las paredes de París con sus carteles: "Dunlop se bebe los obstáculos". Teilhard explicó: "Uno se tiene que beber los obstáculos a base de obediencia". Este humor inocente veló -sencilla y lealmente- la congoja de una lucha interna, en el corazón de la cual de ninguna manera le fue otorgada fácilmente la seguridad de estar haciendo lo mejor" al aceptar una determinada actitud. Al P. Valensin le confesaba el 19 de junio de 1925: "Creo que Ud. tiene razón. La separación de mi vida en París podría significar para mí el acceso a una esfera, en la cual Dios para bendición mía, a cambio de ciertas cosas, a las que con alma y vida estoy excesivamente apegado, me dé otras. ¿Pero puedo estar seguro de que no voy a desertar?...Ciertamente creo que aceptaría con profundo gozo beber este pequeño cáliz, si al menos estuviera seguro de que contiene la sangre de Cristo!"

En realidad de verdad este incidente, sin que él cayera completamente en la cuenta fue la primera fase de un malentendido entre el Padre y los superiores de la Orden, un

malentendido que revivió pertinazmente y se hizo continuamente más y más profundo.

Dos clases de superiores:

Al hablar de los superiores del Padre, simplifiqué quizás más de lo que debiera. Si uno mira el problema a grandes rasgos, hay que decir que él fue defendido siempre por sus superiores inmediatos, o al menos excusado, cuando no todo se podía defender. Estos superiores le contemplaban - de cerca, tal como vivía, se daban cuenta de la injusticia de algunas de las acusaciones levantadas contra él, y sobre todo eran totalmente conscientes de los benéficos efectos de su influencia personal y de sus ideas fundamentales.

Las autoridades de Roma, dentro y fuera de la Orden, le juzgaban únicamente a partir de textos escritos (propios de él y sobre todo informaciones que sobre él acudían). Difícilmente podían adentrarse en la problemática del investigador no creyente, al cual Teilhard se dirigía, y apenas se hacían ideas de los prejuicios intelectuales de quienes lo denunciaban. En consecuencia, estos lejanos censores atendían sobre todo a lo incompleto de sus Ensayos, al peligro de interpretaciones equivocadas, al escándalo que provocaban expresiones inmaduras, y principalmente a la precipitación con que se hacían circular ideas, que, en el caso de que fueran rectas, ciertamente se irían imponiendo, pero cuya coyuntura, según su perspectiva, no estaba aún madura para la publicidad.

Las vacilaciones de Roma se avenían mal con el celo explosivo de Teilhard, a quien compañeros de diálogo de buena voluntad le habían planteado determinado problema, y era de opinión que estas cosas debían precisamente ahora ser expresadas.

Más aún, los consejeros teólogos de las autoridades romanas infravaloraban ciertamente las aptitudes teológicas de su colega; en la esfera del trabajo intelectual teológico lo consideraban como un pedante aficionado. Todo lo más

con respecto a él habrían repetido lo que el Cardenal Suhard me dijo hablando de algunos apóstoles de la Misión de París (se trataba entonces de sacerdotes obreros, a quienes el Cardenal quería con cariño de padre pero no sin cierta preocupación): "Suelo decirles: Hijos míos, Uds. trabajan bien; pero no es necesario que hablen de ello; si se ponen a hablar, seguramente comenzarán a decir tonturas".

La capa más honda del conflicto:

Contemplando el asunto más hondamente, su concepto de la tarea de un sacerdote enrolado en el trabajo científico divergía radicalmente de la idea que Teilhard se había hecho de su propia vocación sacerdotal.

Para los teólogos romanos un sacerdote, que se hubiera conseguido la fama de un legítimo científico, constituía, por así decirlo, una viviente apología. Su entrega a la Iglesia - y nadie dudaba seriamente de la entrega de Teilhard - y su entrega a la ciencia demostraban con suficiente claridad que no existe incompatibilidad entre la Fe y la Ciencia. Este testimonio mudo era suficiente. ¿para que ponerlo en duda a través de una extemporánea manera de hablar? Si Teilhard contraía una mancha en sus relaciones con las autoridades eclesiásticas, su testimonio se echaba a perder; o aún peor, podría ser usado como testimonio contra la causa que pretendía servir. Por medio de su orden de silencio pretendían más bien estos aparentes perseguidores defender a Teilhard contra sí mismo, estaban sinceramente contentos del influjo que ejercía, y querían sencillamente preservarlo.

Para Teilhard el asunto tomaba otras perspectivas. Según su idea, la presencia de un religioso en el mundo de la Ciencia era solamente un testimonio incompleto. Ateos y creyentes se encontraban para dialogar cada día, ejecutaban trabajos científicos valiosos, sin que nadie pudiera extraer de ellos una prueba en favor o en contra de su ideología, o de sus creencias. Precisamente para dar testimonio efectivamente, debía un sacerdote entregado a la Ciencia -

poder responder de la unidad integrada de su vida.

El Padre se sentía destinado a llevar a cabo esto. Su celo científico se acercaba precisamente a las fuentes de su fe y de su sacerdocio. También en el ejercicio de sus actividades profanas era consciente de proclamar un mensaje, que le había sido confiado por Jesucristo.

El trabajo científico, ejecutado con espíritu de Fe, no era a sus ojos un trabajo de esclavo, que suspirando y en espera de su Liberación, arrastra la vida; más bien lo tenía como el trabajo de un hijo que embellece la casa paterna.

"Si me consideras digno de esto, Señor, deseo mostrar a aquellos, para quienes la via es banal y sin brillantez, los horizontes ilimitados del trabajo oscuro, que -mirán -dolo sencillamente- puede añadir un elemento más a la perfección del Hijo de Dios hecho hombre, un elemento, que ha sido contemplado por Cristo y regalado con su inmortalidad" (Mon Univers, 1918).

Este era propiamente su mensaje, su "Evangelio", y su prestigio como científico sólo tenía valor, en cuanto le permitiera proclamarlo.

Si sus lejanos protectores hubieran barruntado de qué categoría era el sacrificio que le imponían al ordenarle silencio, sin duda hubieran vacilado antes de continuar silenciándolo.

Sin duda los teólogos que más simpatizaban con él concedían de buen grado que el Padre les aportaba algunas ilustraciones, pero pensaban que debían mantenerle en el papel de un informador objetivo. Estupendo que participara a los profesores de Teología, Filosofía y Exégesis las consecuencias finales ya elaboradas y las hipótesis en boga de la - Geología, la Paleontología, etc...! Pero debía dejar en manos de los peritos de las ciencias religiosas el cuidado de obtener a partir de aquellas las necesarias conclusiones!

Teilhard dudó siempre de la fecundidad de tales métodos. Conocía la tentación de los científicos, que se han hecho fuertes a través del tiempo en un sistema y que están siempre dispuestos a integrar en él con increíble habilidad cualquier aportación imaginable, sin cambiar en lo más mínimo la estructura de su universo intelectual.

El diálogo con los incrédulos:

Teilhard tuvo una viva intuición de la irrupción del diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno. Por su parte hubiera usado muy de su agrado la famosa expresión de Pío XI: "El gran escándalo del siglo XX consiste en que la Iglesia ha perdido la atención del mundo moderno" es decir, los testigos más excepcionales de una generación a quienes "la potencia científica creciente" de su época "les había llevado a una reestructuración de toda su esfera de experiencia".

Teilhard pensaba en los profesores que aún no hacía mucho tiempo le habían formado, y en los teólogos de su generación. Apenas pudo encontrar a alguien de entre ellos, que pudiera "hablar el lenguaje de los incrédulos". Se encontró solo, pero no acobardado. La responsabilidad ante una empresa, cuya urgente necesidad captaba, le entusiasmó.

En una carta de diciembre de 1926 escribe: "Me he ofrecido siempre al Señor como una especie de terreno de experiencias, sobre el cual El pueda efectuar, como en un modelo, por llamarlo de algún modo, la amalgama de las dos -- grandes fuerzas vitales el amor a Dios y el amor al mundo: una amalgama, sin la cual -estoy convencido de ello- no es posible el Reino de Dios".

De hecho creyó haber sido escuchado en este ofrecimiento, y se mostró maravillado de haber recibido esta gracia:

"El Señor me ha hecho caminar por rutas tan inesperadas, que confío en que El me querrá utilizar de la mejor manera posible para su Gloria. Ojalá pudiera servir un poco a esta gran causa -que fundamentalmente me es tan queri-

da- es decir, a la amalgama visible de la vida cristiana con las fuerzas vivas "naturales" del Universo".

El punto culminante de la prueba:

Esta misión estaba para él unida con la vocación de religioso, que tan apasionadamente había abrazado.

Dicho en breves palabras: "Mientras que sus superiores le aconsejaban "Trabaje Ud. por Cristo, pero no hable de El", Teilhard respondía: "Si me he hecho jesuita, o mejor, si Dios me ha concedido la gracia inmerecida de servirle como jesuita en la Iglesia militante, es precisamente para hablar de Cristo". Uno no puede imaginarse una contraposición mayor. Y es ésta la que en el correr de los años se va a ir endureciendo cada vez más.

No pretendo aludir en particular a las medidas, que fueron limitando cada vez más estrechamente la difusión de sus ideas: primeramente simples recomendaciones de prudencia (someter sus artículos a examen cuidados, presentar el texto de sus conferencias a censores prudentes), más tarde la prohibición de hablar o escribir sobre temas que traspasaran las fronteras de lo estrictamente científico (con respecto a lo cual era a menudo difícil señalar estos límites); más adelante, retirada de los diversos escritos que habían sido difundidos por sus amigos; y por fin, lo único, en lo que tuvo que poner prácticamente a prueba su obediencia: el alejamiento de París, es decir, de los círculos, en los que su pensamiento había encontrado la más adecuada atención.

La política de la prudencia:

Según mi opinión, la obediencia de Teilhard fue ejemplar: ni con resistencias, ni con temores, sino de todo corazón y libre al mismo tiempo. Aceptó sin regatear los sacrificios que le fueron impuestos. Por lo demás practicó en las relaciones con sus superiores aquella claridad de conciencia, que constituye en la Compañía de Jesús el contrapeso de la disciplina religiosa, y al mismo tiempo el

preservativo contra una sumisión servil. Sus superiores podían contar con su ilimitada docilidad. Pero nunca les ocultó lo que en sus decisiones le pareció innecesariamente duro, y les sugirió siempre hasta lo último (su última carta a su superior provincial está fechada pocos días antes de su muerte) que miraran la posibilidad de revisar esta política de prudencia, que a él le parecía estar en contradicción con su vocación interna y también con los intereses de la Iglesia.

El P. Pierre Leroy ha publicado ya en su librito *Teilhard tel que je l'ai connu* una de sus cartas dirigida a su superior general: a continuación sigue una aún inédita, concebida en los mismos tonos. La escribió en el momento en que recibió la prohibición, lisa llana y obligante, de publicar cualquier cosa de contenido filosófico o teológico. Antes de enviar su respuesta, me mandó a mí una copia de ella.

15. rue Monsieur Paris VII
25 septiembre 1947

Muy Reverendo P. General:
Pax Chti.

El P. Provincial me acaba de enterar del contenido de su carta del 22 de Agosto, concerniente a mí. No es necesario decir que puede Ud. contar conmigo, con la ayuda de Dios. Estoy demasiado convencido (y lo estaré cada vez más) de que el mundo no puede llegar a su meta sin Cristo, y de que no existe Cristo sino en la interior fidelidad a la Iglesia como para experimentar la más mínima vacilación ante la comunicación de su decisión. Sólomente tengo la esperanza de que el Señor me ayudará, en esta situación difícil para mí espiritualmente, a hallar en fidelidad mi camino. Por suerte poseo amigos esclarecidos y seguros en la Compañía, que a Ud. le son conocidos y que me ayudarán a suavizar mi camino.

Me va a permitir Ud., con toda sencillez y confianza filial, que añada que en la situación en que se me ha pues-

to, hasta tanto yo soy capaz de juzgarla, existe cierta especie de infravaloración o malentendido, que según creo, acabará por aclararse, a fuerza de fidelidad. Desde 1939 (todos mis escritos controvertidos proceden, creo, de fecha anterior a ésta) he conseguido, según la opinión de prestigiosos teólogos, que siguen mi actividad, grandes progresos con respecto a la explicación correcta de una visión del mundo, que (a través de mi experiencia con los incrédulos) me parece tener posibilidades de servir de alguna manera al reino de Dios. No le parece que sería lastimoso arrojar sin probarlo un fruto, que posiblemente ha sido recogido en madurez? Y no le parece que la mejor reparación para lo que en el pasado he podido publicar de menos bueno, consistiría en que por fin me resultara algo libre de objeciones?

Suceda lo que suceda, no dude Ud. nunca de que mi único anhelo ya desde hace mucho tiempo es glorificar y dar a conocer a Jesucristo, y cuente Ud. bajo cualquier circunstancia siempre con mi más respetuosa y perfecta entrega a Ud.

Siervo en Cristo de su Paternidad.

Pierre Teilhard de Chardin

En mi puesto de superior quedé muchas veces yo mismo altamente edificado de su obediencia. En dos ocasiones le tuve que notificar la prohibición de aceptar una cátedra en el *College de France*. Experimenté mi encargo como muy duro. En ambas ocasiones fue el mismo Padre quien me tranquilizó: "Dios es grande; hay que obedecer", y se puso a hablar de otras cosas.

A sus amigos más íntimos les pidió que rogaran a Dios para él la gracia de obedecer sin amargura. Esta gracia le fue concedida. Cuando el muy Reverendo P. General le pidió ir a Roma con la esperanza de facilitarle la publicación de su libro *El Fenómeno Humano* me dijo: "Me alegro mucho -

de visitar a nuestro Jefe; voy a poder decirle todo lo que llevo en el corazón". Y en seguida añadió con un guiño pícaro en sus ojos: "Me ha entendido Ud. perfectamente; he dicho que le diré todo lo que llevo en el corazón, y no todo lo que de corazón desearía; porque en realidad no tengo el corazón atado a ningún deseo".

Una tentación que nunca tuvo Teilhard:

Que Teilhard estaba entregado a la Iglesia totalmente, lo ha demostrado su vida suficientemente. Sería muy poco decir que se sobrepuso a toda tentación de rebeldía. Una tentación de este tipo no la experimentó nunca. La única vez que le ví "fuera de sí" fue un día del año 1950 en que recibió una carta de un ex-religioso, el P. P.G., que intuía sus dificultades y le invitaba a adherirse a la pequeña comunidad disidente de los "Creyentes libres", a la cual él mismo se había unido. En seguida bajó a mi cuarto y ciertamente vi lo muy disgustado que estaba: "Cómo puede él pensar algo así?", me dijo. Le escribí como respuesta una carta larga y llena de visible indignación, explicándole "que en su opinión sólo el 'Philum' romano poseía el futuro del mundo". Si mi memoria no me engaña, P.G., ciertamente no muy sensato, pero sí de gran corazón, le envió una carta de excusas, diciéndole que se había propasado y que le pedía perdón. Nada le hubiera podido ser más penoso que la actitud de algunos de sus amigos alejados de la Iglesia, cuando le indicaban: "Su religión es digna de admiración, pero su religión no es la religión católica", respondía siempre con una mirada dura: "¿Me consideran Uds. tan loco como para querer fundar una nueva religión o como para pensar que me tengo por un segundo Cristo?"

Lo que he dicho con respecto a su apego a la Iglesia, lo tengo que repetir con respecto a su apego a la Compañía de Jesús. Un religioso puede tener motivos muy justificados para abandonar su Orden. El Padre sabía esto perfectamente. Concedía la posibilidad teórica. "Hay bastantes casos en los que uno tiene que abandonar a su madre, precisamente para ser un verdadero hijo". No creo que jamás se planteó este problema seriamente.

A quienes le preguntaban sobre este tema, le gustaba contestarles con una frase de Saint-Exupéry: "Para ser útil a la casa, tiene uno que estar en casa". Pero esta respuesta no descubría su pensamiento completo. Sin duda que la larga sospecha, bajo la cual permaneció ante sus superiores de Roma, y que tanto le hizo sufrir, le hizo también perder cierto ingenuo apego a la Iglesia y a la Compañía "que constituye sin dudar el encanto de muchos" y por la cual conservó siempre una nostalgia secreta. Pero su fidelidad con respecto a ellas no fue por ello afectada:

"Soy consciente de sentirme, por motivos nuevos y más elevados, profundamente ligado a ellas (la Iglesia y la Compañía); soy consciente de que me vería obligado a aceptar mi traición "al mundo" si abandonase el puesto que me ha sido encomendado. En este sentido las amo a las dos, a la una y a la otra, y pretendo... trabajar... como un pequeño átomo... para llevarlas sin oposición hasta su perfección. Está Ud. totalmente convencido de que tampoco me ha pasado por la mente el pensamiento de abandonar la Orden" (Carta al P. Valensin de 15 de julio de 1929).

Hay que pesar cada palabra de este texto. Ciertamente Teilhard concibió la posibilidad de una separación de su Orden, que hubiera podido ser determinada por sus superiores. Pero jamás habría tomado la iniciativa para un tal rompimiento, que veía como la más cruel de las posibilidades. En este punto no creo que cambió nunca hasta el fin de su vida: "Estoy dispuesto a caminar hasta el fin; en cuanto sea posible con una sonrisa".

Obediencia dentro de una libertad interior:

Esta constancia no fue en él ni un fatalismo cansado ni estoica obstinación: "Ud. sabe que ser fiel a una Orden - por principio (permanecer por permanecer) no me parece que constituye una virtud".

Más bien fue el fruto de un amor real, que se había salvado de entre los ensueños de su juventud religiosa, cu-

ya desaparición sin embargo no cambió en manera alguna lo esencial.

"Cada vez estimo menos el éxito personal -por lo menos eso me parece-; sin ser en lo más mínimo un misántropo, no me preocupo en absoluto por la estima de nadie. Lo cual no quiere decir que no ame mucho y tiernamente" (al P. Valensin, 15 de julio de 1921).

La menor prueba de afecto o de intimidad podía hacer surgir este amor con una inmediatez, que muchas veces me encantó.

La última vez que me encontré con él, estaba el Padre bajo el ímpetu de una de las más dolorosas desilusiones de su vida. Fue en el año 1954. Ya gravemente enfermo, partió de Nueva York, donde residía, y utilizó sus vacaciones para viajar a Europa con motivo de un congreso científico. Tenía intención de pasar allá sus meses de verano. El Sr. Jean Rostand había precisamente acabado de publicar su pequeño escrito, tan terriblemente pesimista: "*Ce que je --- crois*" (Lo que yo creo). Teilhard reaccionó violentamente al leerlo. Durante muchos días reflexionó sobre una posible respuesta. Sintió cómo ésta se iba poco a poco configurando en su interior. Antes de ponerse a redactarla, quiso tener la certeza de que esta vez -se daba perfecta cuenta de que iba a ser la última- podría por fin publicar algo. Escribió a Roma y sometió su proposición allá. Inmediatamente llegó una respuesta dura para él: prohibición de publicar y mandato de volverse inmediatamente a América. Acababa precisamente de recibir esta carta cuando yo le fui a visitar a la casa de *Etudes*, que había tenido que abandonar hacía dos años. Esto sucedió el 31 de julio (fiesta de San Ignacio). En cuanto abrí la puerta de su habitación vino a mi encuentro con los brazos abiertos: "Ah, Ud. viene precisamente hoy a visitarme! Qué hermosa fiesta de San Ignacio". No había encontrado ninguna frase mejor para agradecerme.

Esta fue la actitud permanente del P. Teilhard de Chardin. Estaba convencido de que una especie de "infravalora -

ción o malentendido", estaba en el fondo de la situación en que se encontraba. Se preocupó por aclararlo "a base de fidelidad". Si bien no tuvo nunca éxito completo, nunca se sintió tentado a considerar esta prueba como estéril. Jamás quiso "obedecer sólo por necesidad y sin amor". Aprendió a amar la obediencia. A través de ella penetró en "el círculo más íntimo de la unión con Dios", que es precisamente el del sacrificio. Creyó lleno de fe vital que Dios "hace realizarse al mundo a través de la Cruz".

"Una vez que uno ha comenzado a ver las cosas y los acontecimientos bajo esta luz única, se siente uno casi aterrorizado ante la sed de claridad, bajo la cual padece el Universo, y se siente uno casi "fuera de sí" de anhelos por contribuir a entregarle algo de esta claridad".

Se dió cuenta perfectamente de que las prohibiciones que la atañían, le impedían humanamente considerado, anunciar la magnitud plena de lo que llevaba en el corazón. Pero sabía por experiencia el valor de un "empequeñecimiento", cuando uno acepta la voluntad de Dios:

"Quizás nunca experimentó tanto lo maravilloso que es estar unido a Dios, que cuando me contemplo por voluntad de Dios unido a un destino, que es menos glorioso del que había idealizado, y cuando, en lugar de torturarme por ello, me acuerdo de aceptarlo".

Desde el fin de la primera guerra mundial había él ya barruntado la prueba en su forma más dura, y se sintió forzado por el Espíritu Santo a presentar a Dios un cheque en blanco: en diciembre de 1913 escribe así a su prima Margarita Teilhard de Chambon:

"Creo que he percibido algo, y desearía que este algo se llevara a cabo. No puedes hacerte una idea que exigencia tan opresora experimento algunas veces en este sentido, y que impotencia también. Pero lo que me conmueve, es la confianza indestructible de que el resplandor de luz -si es -- que lo hay en mi "Evangelio"- brillará de una manera o de otra. En el peor de los casos -es ésta mi firme convicción-

nacerá de nuevo en otro corazón -y según espero- tanto más rico, cuanto yo lo haya protegido más fielmente".

Estas notas iluminan la vida del P. Teilhard de Chardin y su maravillosa libertad interior. Si es cierto que tuvo que sufrir por parte de su Orden y de la Iglesia, y si es cierto que lo soportó con un corazón de hijo, esto sucedió así precisamente porque había aprendido el espíritu de obediencia de su Orden y de la Iglesia.

Teilhard hizo honor a la herencia de su familia religiosa, y fue consciente de ello. En su obra resuena el eco de las "reglas para sentir en la Iglesia". Como punto final o balance de un largo intercambio de correspondencia escribió lo siguiente a Maurice Blondel:

"Estoy incommoviblemente convencido de que en la actitud rica de experiencia y de ancha visión de la Iglesia hay infinitamente más verdad que en nuestras simplificadoras - filosofías; lo que los santos han practicado, es, quizás - aún siendo difícil de captar, "lo que se impone" la verdad concreta. Es ella por lo tanto la que debe formar nuestros intentos de sistematización, y siempre acabará sobrepasándonos. Por lo que respecta a nuestras especulaciones, permanecerán estériles -para nosotros y para los demás- si no conseguimos convertirlas en ejemplo concreto, conformando a ellas nuestra vida".

Así llega a su consumación la investigación entregada del creyente, dirigido por el "instinto bautismal" (según la hermosa frase del P. de Lubac), en el corazón de la verdad católica, y su libertad es la del hijo en la casa de su Padre.

"Los ejemplos de la historia así como su propia experiencia le revelaron la nostalgia del conocimiento de lo divino, que actúa sobre el espíritu humano, y al mismo tiempo también la debilidad que le pone en peligro de caer en todos los errores posibles. También capta por eso mismo el beneficio de un magisterio divino, al cual se somete libremente. Agradece a Dios que se lo haya proporcionado en la -

Iglesia, y esto es ya una participación en la paz eterna, que él experimenta ya, al colocarse por la obediencia de la fe bajo la ley eterna. Incluso en las ocasiones más torturantes, y precisamente más explícitamente en éstas que en otras, descubre una coincidencia entre lo que se le impone aparentemente desde fuera, y lo que su interioridad le impone. Porque el Espíritu de Dios no le abandona a él personalmente, como no abandona a la Iglesia "Católica". Y lo que El opera en la Iglesia "Católica" es lo mismo que opera en cada alma cristiana" (Henri de Lubac, *Méditation sur l'Eglise*, Aubier 153, pág. 225).

Estas líneas de un teólogo, que fue su amigo, expresan mejor, de lo que yo hubiera podido hacerlo, el misterio de la obediencia en la vida del P. Teilhard de Chardin.

DIAKONIA

NUMEROS ATRASADOS DISPONIBLES

13. Vivir la fe en un horizonte socialista
14. Testimoniar la fe en America Latina
15. Espiritualidad para tiempos de revolucion
16. Los Ejercicios Espirituales hoy
17. Dios hoy